

TIERRA LIBRE
Fantasia Comunista
Jean Grave
Prólogo y traducción de
Anselmo Lorenzo

JUAN GRAVE

Tierra Libre

FANTASIA COMUNISTA

Traducción de ANSELMO LORENZO

ILUSTRADO CON NUMEROSOS GRABADOS



EDITORIAL FUEYO - BUENOS AIRES

JUAN GRAVE



Tierra
Libre

IMPRESIÓN DEL TRADUCTOR

(Quizá molesta para los niños, aunque útil a los hombres)

La primera impresión que me causó este libro, cuando vino a mis manos con encargo de su traducción para libro de lectura de la Escuela Moderna de Barcelona, fue de agradable y simpática melancolía.

Aquel cargamento de deportados, reunido con brutal arbitrariedad, en nombre de la defensa social, en las jaulas de *La Aretusa*, para decapitar la protesta revolucionaria, que todo lector de juicio equilibrado a lo burgués tomará por exageración demagógica, me recordó mi participación en las amarguras consiguientes al proceso seguido por el atentado de la calle de Cambios Nuevos de Barcelona, con el amontonamiento de presos en Montjuich, en las Prisiones Militares y en la cárcel vieja.

Entre aquel suceso real, que se tapó después con una amnistía y un indulto para dar aspecto de benevolencia a lo tiránico y arbitrario, y el imaginario que aquí se relata, hay una gran diferencia en que lo positivo parece lo inverosímil.

En efecto, en lo real hubo un crimen, procesados y no procesados —ejemplo Francisco Gana— sometidos al tormento para que acusasen a quienes se les indicara, un tribunal en que llegó a decirse “han de cerrarse los ojos a la razón”, fusilados y condenados a presidio sin prueba y casi sin defensa, y muchos,

que ni siquiera habían sido procesados pero que sufrieron prisión durante muchos meses, tras la amenaza de la deportación a Río de Oro, país inculto e inhospitalario, fueron extrañados de la nación dando efecto retroactivo a una ley forjada a puñetazos y promulgada varios meses después del encierro de los perseguidos, lo cual es un colmo de absurdo y arbitrariedad,

En lo imaginario la cosa no pasa de una huelga general, una burguesía asustada, un gobierno complaciente con los privilegiados y una magistratura que sentencia anticipadamente tomando todo acusado como reo convicto y confeso, lo cual, por absurdo que sea, es práctica corriente en el mundo del privilegio.

Continuando la lectura, mi sensación agradable aumentaba al ver las analogías entre la concepción expresada en el libro, producida por el conocimiento psicológico del autor, y mi recuerdo de la vida de la prisión; porque yo no dudo ahora que aquellos presos, compañeros míos, que, en medio de los dolores de la separación de los suyos sometidos a todas las miserias, tenían virtud suficiente para vivir armónicamente en aquella estrechura; repartirse su mísero haber los que algo tenían con los que carecían de todo; que leían, escribían, enseñaban a leer, escribir, contar y razonar a algunos analfabetos; que leían en alta voz para ilustración y recreo de todos; que daban conferencias sobre ciencias, industria y literatura, y que discurrían sobre la manera de escaparse de Río de Oro para llegar a Casa Blanca, o fundar una colonia, no dudo, repito, que en

igualdad de condiciones hubieran llegado a ser perfectos Terraliberianos.

En tan buenas disposiciones entré en lo íntimo del pensamiento dominante en la obra, y vi al autor navegando con perfecta seguridad entre los escollos y arrecifes de la desviación y de la utopía.

A esa seguridad de criterio corresponde el conocimiento de las fuerzas actualmente en lucha y el resultado que han de producir en determinada situación; y lo que tras el naufragio ocurre en Tierra Libre es lo que no puede menos de suceder.

En un fragmento de humanidad que lleva consigo la efectividad de la evolución realizada en el mundo, como pedazo de materia cósmica que llevase gérmenes vivientes de un mundo a otro, la soberbia autoritaria de un jefe y el impulso libertador de los trabajadores deportados, producen una revolución en una tierra suplementaria, situada cinco grados más allá del mundo conocido.

Como consecuencia del gran choque, quedan los Aretusianos, ligados por obediencia servil, despeñándose por la decadencia y la inactividad, mientras los Terraliberianos, reintegrados en la libertad de su ser natural, desarrollan todas las iniciativas, conciertan todas las actividades y producen una bellísima floración comunista.

¿Cómo? Allí no hay tiempo que perder en discusiones estériles, allí nadie puede tener empeño en aparentar que es más y mejor que los otros, allí no puede haber super-hombres ni necios que

alardeen de tener personalidad propia para abusar de las ventajas y exceptuarse de los deberes de la reciprocidad, ni nadie lo soportaría; lo urgente es ser libre y vivir, y surge necesaria y naturalmente el propósito de romper toda dependencia y servidumbre, lo que se realiza por una revolución que triunfa, —por lo que triunfaron las revoluciones parciales y por lo que triunfará toda revolución, llamando revolución lo que no es más que un episodio revolucionario culminante—, porque la autoridad es centralización en una inteligencia limitada y rutinaria, conjunto de instituciones trasnochadas que funcionan mediante un expedienteo torpe e inoportuno, obediencia mecánica, apoyo inconsciente, amparo de malandrines privilegiados y, sólo por excepción, abnegación y heroísmo; mientras que la libertad es la unidad humana en todo su valer, acrecentada por el valer y la potencia de todas las demás unidades libres, previsoras, diligentes y oportunas.

Libres ya, los Terraliberianos se organizan conscientes y libremente con el acierto con que las partes infinitamente mínimas de la materia se agrupan para formar las cosas y los seres y realizar la vida universal, y si el atavismo suscita el holgazán, el defraudador y el mandarín, el mismo ambiente de libertad los inutiliza y corrige.

En estas páginas vive y adquiere poder de adaptación la idea de que el hombre libre es perfectamente humano, no ha de inventarse, no ha de resultar de una doctrina especial, ni ha de esperarse de una sociedad mejor —lo que sería un absurdo que invertiría la

relación de causa a efecto—, sino que existe hoy, ha existido y existirá siempre, perfeccionándose progresivamente en lo íntimo de todo hombre y de toda mujer; es el egoísta-altruísta que quiere el bien para sí y para los que ama, como esencialidad indispensable de la propia felicidad: es el que se sacrifica por una idea, por una persona amada, por un amigo, por sus padres, por sus hijos, por sus hermanos, por sus compañeros, por un desconocido en peligro, cosas que hace y está dispuesto a hacer todo el mundo.

Y si estas condiciones naturales de existencia han sido desconocidas y en gran parte anuladas por antagonismos resultantes de la escasez en primer lugar y luego de la ignorancia que fomentaron las preocupaciones y los intereses creados por los Estados y las religiones, hoy que la humanidad se conoce por la extensión de la ciencia geográfica, y que se siente rica por la posesión de tesoros acumulados por el saber y el trabajo, no hay razón para ese antagonismo, y tiende a desaparecer en nuestros días perseguido por esa gran solidaridad obrera que borra diferencias de razas, de religiones, de idiomas, de costumbres y, despreciando las fronteras, une en una sola entidad exclusivamente progresiva el proletariado y después en el comunismo, no siguiendo un ideal de justicia forjado por imaginaciones enardecidas por doctrinas metafísicas, sean religiosas o filosóficas, sino obedeciendo la ley natural del menor esfuerzo, que da empleo absolutamente racional a la actividad en busca del objetivo necesario, ley natural que tengo por superior a la de la lucha por la existencia

con que pretenden justificarse los privilegiados, y que con la de la evolución y la de la ayuda mutua ha de dar justificación, estabilidad y perfección indefinida a la sociedad humana.

Los Terraliberianos que, fundados en los anteriores conocimientos humanos, supieron crear una sociedad nueva de trabajo y felicidad, con la misma sencillez que un torrente derriba un frágil dique, echaron a pique a cañonazos un buque de guerra que se presentó ante Tierra Libre, pretendiendo encadenar, en nombre de la patria, a los emancipados.

Y allá quedaban preparando un barco para venir a Europa a infundir alientos a los socialistas de todos matices que pierden tiempo y energía en discusiones estériles, defraudando esperanzas de los que sufren, y permitiendo que resistan, como si verdaderamente fueran fuertes, esos gobiernos que alienta y sostiene la escéptica y transitoria burguesía.

Conque ahora sólo falta que, en espera de la llegada de los Terraliberianos, nos apresuremos los trabajadores europeos y americanos a hacerles una buena recepción, por lo menos, si no somos capaces de algo verdaderamente original, imitándoles y anticipándonos a su llegada.